



www.loqueleo.com

Don Quijote de la Mancha

© Prólogo: José Saramago

© Traducción del prólogo: Pilar del Río

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com

- Ediciones Santillana S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires
- Editorial Santillana, S.A. de C.V.
Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,
Delegación Benito Juárez, CP 03240,
Distrito Federal, México.
- Santillana Infantil y Juvenil, S.L.
Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-59378-8-8

Impreso en Colombia

Impreso en Colombia por Editorial Delfín S.A.S.

Primera edición en Loqueleo Colombia: junio de 2016

Cuarta reimpresión en Loqueleo Colombia: enero de 2018

Selección, estudio y notas:

Milagros Rodríguez Cáceres

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Diseño de cubierta:

Rudesindo de la Fuente

Ilustración de cubierta: Gustavo Doré (foto: Archivo Oronoz)

Ilustraciones: Gustavo Doré, grabadas por Joseph H. Pisan

Herederos de Pablo Riera, Barcelona 1875-1876

Reproducción fotográfica realizada en el Laboratorio

Fotográfico de la Biblioteca Nacional de España

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Miguel de Cervantes

Don Quijote de la Mancha

Selección anotada por M. Rodríguez Cáceres

Prólogo de José Saramago

Ilustraciones de Gustavo Doré

loqueleg

Presentación

El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha es la más genial creación humorística de todos los tiempos. Su máximo valor está en el juego de contrastes y perspectivas, en la benévola ironía con que Cervantes maneja unas criaturas ficticias ricas en facetas, que evolucionan y crecen ante nuestros ojos, lejos de los estereotipos cómicos al uso.

El que podría haber sido simplemente un loco grotesco se va convirtiendo en un personaje lleno de humanidad, entrañablemente generoso, que conquista al lector para su causa.

En las páginas de esta novela bulle la agitada vida de la España barroca, vista desde el escepticismo y la tolerancia por un hombre al que las adversidades no hicieron perder el talante comprensivo y bienhumorado.

El Quijote es, en definitiva, un depurado fruto de la lengua castellana, que luce todas sus galas expresivas con una riqueza de registros y matices difícilmente superable.

Nuestra Edición

En la edición de esta antología del Quijote hemos seguido fielmente los textos primitivos de 1605 y 1615 para la primera y segunda parte, permitiéndonos tan solo pequeñas modificaciones cuando nos hallamos ante un error evidente, nunca en los pasajes dudosos. Actualizamos la puntuación y también la ortografía en todo lo que, presumiblemente, no tiene valor fonológico; se respetan, en cambio, las vacilaciones vocálicas del original, la reducción de los grupos cultos y todas aquellas formas que no responden exclusivamente a hábitos ortográficos.

Prólogo de José Saramago

Dice Cervantes, el famoso y nunca asaz leído autor de este libro, nada más empezar su cuento, que un cierto hidalgo de La Mancha de nombre Alonso Quijano, hombre de escasos haberes a pesar de la relativa nobleza de su condición, había perdido el juicio por efecto del mucho leer y mucho imaginar. Es cierto que las palabras que escribió Cervantes no fueron esas exactamente, pero unas y otras, como se verá, acaban llevando al mismo punto. De hecho, entre el “poco dormir y el mucho leer”, que fue la razón dada por el autor para que a Quijano se le hubiese secado el cerebro, y el “mucho leer y mucho imaginar”, la diferencia no es grande. Quien lee, imagina, y si, por mucho leer, poco duerme, es evidente que va a tener más tiempo para imaginar. Verdaderamente, no creo que conste en los registros psiquiátricos memoria de que alguien se haya vuelto loco por haber leído, aunque mucho, y por haber imaginado, aunque en exceso. Al contrario, leer e imaginar son dos de las tres puertas principales (la curiosidad es la tercera) por donde se accede al conocimiento de las cosas. Sin antes haber abierto de par en par las puertas de la imaginación, de la curiosidad y de la lectura, (no olvidar que quien dice lectura, dice estudio) no se va muy lejos en la comprensión de uno mismo y del mundo.

11

Pero si Cervantes afirma tan perentoriamente que Alonso Quijano perdió la razón, así está escrito con todas las letras, no se puede negar ni arrancar la página. Esto quiere decir que Don Quijote de la Mancha, en resumidas cuentas, no es nada más que el loco de Quijano, y que, por tanto, sin la locura del insignificante hidalgo rural nunca el caballero andante habría existido. Pregunta la curiosidad: “¿podría Cervantes haber hecho vivir al sobrio y pacífico Alonso Quijano las atribuladas aventuras que le esperan al justiciero Don Quijote?”.

12 La respuesta solo puede ser: “Sí y no”. Será “sí” porque, obviamente, una tal decisión sería la consecuencia lógica y natural de la libertad que a cualquier autor asiste de hacer lo que crea conveniente con sus personajes, pero, al mismo tiempo, tendrá que ser “no” porque probablemente las personas de aquella época se negarían a admitir que alguien en su sano juicio anduviera en asuntos de caballerías por esos mundos de Dios, dando y recibiendo lanzadas a cada paso, —para su infortunio más recibiendo que dando—, haciendo oídos sordos a la sabia prudencia de los consejos de Sancho Panza, su fiel escudero y, como se verá al final del cuento, su único y verdadero amigo. No creo que sea demasiado atrevimiento imaginar a Cervantes dándole vueltas en la cabeza sin saber cómo empezar la increíble historia que quería contar y llegando luego a la conclusión de que solo existía una manera, una sola, para convencer a los futuros lectores de que tenían que aceptar sin mayores exigencias los comportamientos delirantes de Quijote, y que esa manera era enloquecer a Quijano. Es posible, permítaseme la hipótesis, que El Quijote nunca hubiera llegado a existir de no ser por la hábil estrategia narrativa de Cervantes que, al acomodarse a los preconceptos y a las supersticiones de su tiempo, pudo luego extraer de ellos todo el jugo y provecho.

Hay, sin embargo, quien defienda que Alonso Quijano no se volvió loco. Es cierto que muchos de sus actos nos parecen, a la luz de la pura racionalidad, auténticos dislates, como aquel risible episodio que siempre nos viene a la memoria, cuando Don Quijote se precipitó lanza en ristre contra los treinta o cuarenta molinos que laboraban en el Campo de Montiel, creyendo, o haciéndole creer a Sancho, que se trataba de una caterva de malvados gigantes con brazos de dos leguas. Uno puede preguntarse: “¿alguna vez se ha visto mayor demostración de locura, un hombre queriendo pelear con molinos de viento jurando que son gigantes?”. Realmente, nunca, a lo largo de la historia de la andante caballería, se ha visto desvarío semejante, con la condición, por supuesto, de que nos limitemos a tomar la historia al pie de la letra, como parece que era el malicioso deseo de Cervantes. Pero imaginemos durante un momento, al menos durante un momento, que Don Quijote no está loco, que simplemente finge la locura. De ser así, no tuvo otro remedio que obligarse a sí mismo a cometer las acciones más disparatadas que le pasasen por la mente para que los demás no alimentaran ninguna duda acerca de su estado de alienación mental. Solo fingiéndose loco podría haber atacado a los molinos, solo atacando a los molinos podría esperar que el resto de la gente lo considerara loco. Ora bien, de acuerdo con este modo de ver, algo discordante con las ideas generalmente recibidas, fue gracias a la virtud de esa genial simulación de Cervantes como Alonso Quijano, convertido en Don Quijote, consiguió abrir la cuarta puerta, la que todavía le estaba faltando, la puerta de la libertad. La curiosidad lo empujó a leer, la lectura le hizo imaginar, y ahora, libre de las ataduras de la costumbre y de la rutina, ya puede recorrer los caminos del mundo, comenzando por estas planicies de La Mancha, porque la aventura, bueno es que se

sepa, no elige lugares ni tiempo, por más prosaicos y banales que sean o parezcan. Aventura que en este caso de Don Quijote no es solo de la acción, sino también, y principalmente, de la palabra. Aun cuando sus largos discursos se nos antojan absurdos, incoherentes, despropositados, quién sabe si puestos allí por Cervantes para reforzar en el espíritu del lector la convicción de que Don Quijote está loco perdido, incluso estos acabarán presentándose como obras maestras de la buena razón y del buen sentido, la más fina retórica discurriendo en el más expresivo de los lenguajes, una dialéctica que el propio Sócrates no desdeñaría, un esplendor de vocabulario que Shakespeare (que moriría el mismo día que Cervantes, el 23 de abril de 1616) tal vez hubiera envidiado.

Admitido que Alonso Quijano fingió estar loco, habrá que responder ahora a dos preguntas inevitables: “¿por qué, para qué una sustitución de identidad que solo le iba a acarrear malos pasos, escarnio, ridículo, desastres, humillaciones?”. Muchos años después de que Don Quijote hubiera perdido la batalla contra los molinos de Montiel, bajado a la cueva de Montesinos y perseguido el sueño de una improbable Dulcinea, un poeta francés llamado Arthur Rimbaud escribió estas palabras tan alborozadoras como la lectura de todos los libros de caballería juntos: “La vraie vie est ailleurs”, es decir, “la vida auténtica está por ahí”, en otro lugar, no en este. Lo que el genio de Rimbaud proclamó, que la auténtica vida no es esta, sino otra, aunque no se sepa ni dónde está ni cómo llegar, ya la pequeñez provinciana del hidalgo manchego lo había intuido. Sin embargo, Alonso Quijano fue más lejos que Rimbaud en esa comprensión, a él no le bastaba ir en busca de otros lugares donde quizá le estuviera esperando la vida auténtica, era necesario que se convirtiera en otra persona, que, al ser él mismo otro, fuese también otro el mundo, que

las ventas se transformaran en castillos, que los rebaños aparecieran como ejércitos, que las oscuras aldonzas fuesen luminosas dulcineas, que, en fin, mudado el nombre de todos los seres y cosas, pudiese devolver a la tierra la primera y más inocente de sus alboradas. A Alonso Quijano no le bastaría decir como Rimbaud: “La vraie vie est ailleurs”. Sí, la vida auténtica puede estar en otro lugar, pero no solo la vida, también mi yo verdadero está en otro lugar, o, como el poeta pudiera haber dicho, aunque no lo dijo, “Le vrai moi est ailleurs”. Fue así como Alonso Quijano, montado en su esquelética cabalgadura, grotescamente armado, comenzó a caminar, ya otro, y por tanto en busca de sí mismo. Al otro lado del horizonte le esperaba Don Quijote.

15

José Saramago
(Traducción de Pilar del Río)

Primera parte

Del ingenioso hidalgo
Don Quijote de la Mancha

Que trata de la condición y ejercicio del famoso y valiente hidalgo don Quijote de la Mancha

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme¹, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor². Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda³. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entresemana se honraba con su vellorí de lo más fino⁴. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo

19

¹ Cervantes omite deliberadamente este dato, que considera poco importante.

² Los hidalgos constituían el grado inferior de la nobleza. Nuestro protagonista conservaba las armas de sus antepasados en el lugar destinado a este fin (*astillero*); un escudo de cuero ovalado (*adarga*) y un caballo de mal aspecto (*rocín*) completaban su ajuar.

³ *salpicón*: guiso de carne picada con sal, aceite, pimienta, vinagre y cebolla; *duelos y quebrantos*: plato típico manchego con huevos revueltos y torreznos.

⁴ La modesta renta de nuestro héroe no le impedía ir decorosamente vestido. Así, el sayo era de paño lustroso de color negro (*velarte*); las calzas para las fiestas y los pantuflos (chinelas), de terciopelo (*velludo*), y las prendas de diario, de paño entrefino pardo (*vellor*).

de campo y plaza⁵ que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años. Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir⁶ que tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben; aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quejana. Pero esto importa poco a nuestro cuento; basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

20

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso —que eran los más del año—, se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas⁷ de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer y, así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos; y de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva⁸, porque la claridad de su prosa y aquellas enricadas⁹ razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafíos donde en muchas partes hallaba escrito: “La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura”. Y también cuando leía: “...los

⁵ *mozo de campo y plaza*: el que se ocupa tanto de la labranza como de atender a la casa y acompañar a sus señores.

⁶ *Quieren decir*: en el sentido impersonal de ‘dicen’.

⁷ *hanega*: fanega, medida a la superficie agraria variable, que en Castilla equivale a unos 6400 m².

⁸ *Feliciano de Silva*: escritor español (1492?-1558?), uno de los continuadores del ciclo caballeresco de Amadís.

⁹ *entricadas*: intrincadas, complicadas, confusas.